

Francisco Villegas Rodríguez

EN PARADERO DESCONOCIDO



Ediciones Miguel Sánchez

COLECCIÓN NOALEJO

© *de la edición*: Ediciones Miguel Sánchez, S.L.
c/ Marqués de Mondéjar, 44. Granada.
www.edicionesmiguelsanchez.com

© *del texto*: Francisco Villegas Rodríguez
(Cualquier parecido del texto de esta novela con personajes
y situaciones reales es pura casualidad)

Diseño de cubierta: José Villena

Diseño interior y maqueta: Susana Martínez Ballesteros

ISBN: 978-84-7169-213-9

Depósito legal: GR 1484-2021

IMPRESO EN ESPAÑA

PARTE 1 *Andante*

La presión de aquel brazo en su garganta le hizo recordar todas las veces que su madre le había dicho que tenía que fiarse más de su instinto: «Eres demasiado racional, hijo. Si te huele que algo va a ir mal, no lo dudes, lárgate».

La había vuelto a pifiar. Varias veces durante la mañana había tenido la sensación de que lo vigilaban, pero en cada ocasión la había ignorado, como se ignora el cartel de un mendigo a la puerta de una iglesia. Esta vez, en su descargo, podría culpar al efecto de los calmantes para el dolor del brazo. «Vale», se dijo mientras trataba de infundirse calma, «es la historia de mi vida»: casi las dos de la tarde de un día desapacible, y él y su agresor embutidos entre dos furgonetas en un aparcamiento desierto, frente a la desierta oficina de correos de Otura. Poca ayuda podía esperar. Llevaba algo de dinero en metálico y la tarjeta caducada de descédito, aunque eso el atracador no lo sabía; ni móvil, ni reloj, ni una simple cadenita.

—¿Qué has enviado y a quién?

Algo en el susurro que llegaba desde su espalda le dijo que esto era diferente. Al reconocer la voz, una punzada de dolor se avivó bajo la escayola que le inmovilizaba el antebrazo izquierdo. Dolor o miedo. Si era sincero consigo mismo, le costaba distinguirlo.

—No sé de qué me hablas.

La presión en su garganta aumentó y el susurro junto a su oreja se repitió sin alterarse.

—Has entrado en la oficina de correos. ¿Qué y a quién?

—A los únicos capaces de hacer algo al respecto. —Hasta a él mismo le extrañó su arrojito—. A más de uno se le va a terminar el cuento.

—¿A quién? —insistió—. O lo del brazo te va a parecer un mal chiste.

—¿Me vas a matar? —Su voz sonó ronca—. Venga, termina de una vez. ¿Crees que me importa? —La carcajada que vino después fue un graznido que se interrumpió de golpe cuando el brusco giro de su cabeza quebró la segunda vértebra cervical. Ese crujido fue lo último que escuchó antes de desmoronarse a los pies de su verdugo.

En cuclillas, mientras con la mano derecha pulsaba el botón de llamada de su teléfono, con la izquierda hurgaba en el pantalón del muerto hasta encontrar la cartera.

—Está hecho, pero ha enviado un paquete (...). Ha dicho que a los únicos capaces de hacer algo (...). Sí, los tengo localizados (...). Con discreción, comprendo.

La comunicación terminó. Su mirada experta dio un último vistazo al cuerpo tendido entre las dos furgonetas y sus tenues pasos se alejaron hasta desaparecer.

Como si jamás hubiese estado allí.

La luz del amanecer ganaba intensidad y las nubes bajas hacia levante se teñían de un tono sonrosado. Hacía frío, seco y sin viento, a la falda de Sierra Nevada, como cualquier mañana en aquella época tras una noche despejada. El hombre se sopló un par de veces en el hueco de las manos mientras caminaba al ritmo que le marcaba su perro, un Beagle de siete años que en sus paseos pretendía olfatear cada adoquín de la calle. Dos carteros salieron de la oficina de correos sin prisa y uno de ellos encendió un cigarrillo.

El perro se detuvo a husmear en la rueda de un coche mientras el dueño, distraído, se giró hacia la parcela vacía frente a la oficina de correos que servía de aparcamiento. Lo primero que se le vino a la cabeza al descubrir el cuerpo reclinado fue un borracho que se hubiera quedado dormido en el escaso abrigo que le proporcionaban las dos furgonetas. Luego, al ver la billetera abierta a su lado, pensó en un atraco y en que aquel hombre podía estar malherido, pero al zarandearlo un poco comprendió que era algo mucho peor: estaba rígido como la escayola que le rodeaba el brazo.

Sin perder de vista el cadáver, salió a la zona abierta del aparcamiento y en cuanto divisó a los carteros los llamó a voces:

—¡Por favor, avisen a la Policía! ¡Hay un hombre muerto aquí atrás!

A la vez que uno apresuraba el paso hacia la oficina, el del pitillo se acercó a echar un vistazo.

—¿Está muerto? —Fue la innecesaria pregunta.

Unos minutos después, los luminosos del coche patrulla rebotaban con destellos azules en los vehículos del aparcamiento. La pareja de guardias civiles salió del vehículo y se ocupó de dar el

aviso a la Policía Judicial y mantener alejados a los escasos madrugadores que ya formaban un corrillo de curiosos.

Hasta ese momento, el otoño había sido bastante tranquilo, pero esa calma empezaba a desvanecerse como el recuerdo de un sueño húmedo tras una ducha y un café.

Hace frío. Mucho frío. Algo le impide moverse. No consigue ver nada, pero percibe la claridad tras los párpados presionados.

A lo lejos se escuchan gritos que hielan la sangre, y de algún modo sabe que son el anticipo de su propio destino. Alguien le aprieta aún más la mohosa sábana que le rodea la cabeza y el torso. Trata de coger aire como sea. Entonces llega, como cada noche, ese tacto pegajoso en los muslos, cada vez más hacia arriba; el olor rancio de ese aliento tan intenso que atraviesa la sábana; la sensación de absoluta indefensión, y el asco, ese asco culpable, porque a sus trece años es incapaz de entender que su cuerpo responda y se excite ante algo tan sórdido.

Sabe que tiene que gritar, pero algo le atenaza la garganta, y la sábana le oprime la boca y le retuerce la nariz hasta hacer que sangre. El terror es como una llaga en carne viva que le corroe los nervios, mezclado con el aliento rancio, el sabor de su propia sangre, y el olor a podredumbre de la sábana, tan apabullante que la inconsciencia o la locura parecen ser las únicas salidas.

Pero no, sabe que tiene que encontrar fuerza para gritar; acumula la tensión como un resorte hasta que consigue liberarla de golpe, en un único pulso, y entonces un alarido se abre paso desde el fondo de su pecho y resuena en las paredes de aquel antro.

Despierta con el sonido de su propia voz y se incorpora en la cama. Está de vuelta en su habitación, y los fantasmas del pasado a buen recaudo en su cueva; pero la pesadilla se resiste a rendirse, y el olor a podredumbre y sábanas húmedas impregna la cama, el pijama y hasta su propia piel.

«Huele a ropa podrida», masculla entre dientes, y se levanta para volver a lavar las sábanas y ducharse.

Claudia se ajustó la coleta rubia mientras entraba en la cocina, lista para tomar algo y salir hacia el trabajo. Ernesto acababa de dejar un plato de huevos revueltos junto a los vasos de zumo de naranja y le sonrió al verla llegar.

—Buenos días, Claudia Tatsis. ¿Te apetece algo?

Había tomado la costumbre de llamarla por su nombre y apellido cuando la saludaba. Ella le revolvió el pelo y le dejó un beso en los labios al pasar a su lado en dirección a la cafetera.

—Los probaré —dijo a la fuga mientras llenaba un tazón de café y arrimaba un taburete a la mesa.

—¿Mucho trabajo hoy?

—Estamos con el asesinato del aparcamiento de Correos —respondió mientras asentía—. Dudo que vayamos a sacar nada en claro.

—¿Y eso?

—El lugar estaba limpio; nadie vio ni escuchó nada —enumeró—. Se llevaron el dinero de la cartera y sus tarjetas de crédito, que por cierto estaban caducadas. Y luego está la historia del muerto.

Ernesto la contempló con curiosidad sin dejar de remojar la bolsita de té.

—Óscar Ripoll, 55 años, número uno de su promoción de Química. Una promesa como investigador, aunque parece que se dejó tentar por el lado oscuro. Fue despedido de la farmacéutica en la que trabajaba y jamás se recuperó. Unos años después estaba cocinando drogas de diseño, terminó en la cárcel y poco más sabemos por el momento.

—No deja de maravillarme cómo personas que lo tienen todo pueden echar a perder su vida de una manera tan estúpida —co-

mentó él al tiempo que se giraba para lanzar la bolsa de té al cubo de basura. Claudia asintió—. Es un desperdicio.

—Bueno, me marchó. —Otro beso rápido y su tenedor inmaculado frente al tazón de café vacío.

Ernesto ya sabía que en día de trabajo ella solo tomaría el café y el zumo, y si acaso un bocado de algo sólido, pero esa conversación formaba parte de su rutina matinal desde hacía poco más de dos años. Para él resultaba inconcebible iniciar el día casi en ayunas, aunque jamás hubiera intentado convencerla de otra cosa. Lo último que pretendía era añadir un comentario de abuelo a los quince años de diferencia entre ellos. Así que, unos minutos después, Claudia se despedía enfundada en su uniforme de vaqueros, camiseta blanca, jersey y anorak, y Ernesto, por su parte, se encargaba de los huevos revueltos y la tostada con el sonido de fondo de las noticias de la mañana.

Se habían conocido algo más de dos años antes, cuando el azar les llevó a colaborar en la investigación de unos asesinatos: ella como policía judicial de la Guardia Civil, él como el mejor amigo del investigado. Jamás olvidaría el momento en que abrió el expediente de Claudia, aquella foto que parecía contemplarlo con una promesa escondida al fondo de esa mirada intensa, de esos ojos como melaza. Si alguien, alguna vez, le preguntase cuándo se enamoró de ella, tendría que reconocer que ahí empezó todo.

Un detective privado que antes fue policía nacional completaba aquel peculiar trío, mal avenido en ocasiones; aunque con paciencia y mano izquierda fueron capaces de sobrevolar sus diferencias y hacer un buen trabajo. Al final, además de resolver aquel enigma, Claudia y él volvieron a llamarse, empezaron a salir y terminaron por irse a vivir juntos a casa de Ernesto, en la urbanización del pantano del Cubillas, a unos escasos quince kilómetros al norte de Granada.

Divorciado, con tres hijos universitarios y después de un par de fracasos amorosos, Ernesto se había acomodado a una vida solitaria y sin sobresaltos, centrado en los pacientes de su consulta y en sus dos aficiones: la lectura y la fotografía. Resignado a que el porvenir fuese un camino en soledad, la tarde que quedó atrapado en los ojos de la joven e inteligente guardia civil fue el inicio de una revolución interior que lo llevó a replanteárselo todo

y atreverse a dar un giro a su vida de ermitaño. No fue fácil al principio; a partir de cierta edad se pierde flexibilidad, no solo en las articulaciones, y cada vez cuesta más negociar y renunciar a las pequeñas manías de la soltería. Él arrastraba sus miedos y ella cargaba con su desconfianza, pero consiguieron apartar las piedras y limpiar un terreno en el que echar raíces y crecer. No tardaron en convertirse en cómplices y disfrutar de una serena intimidad, aunque con el suficiente espacio entre ellos como para no taparse el sol, y allí estaban, dos años después, compartiendo cama, proyectos y desayunos.

En ocasiones, Ernesto se permitía imaginar cómo los vería un extraño desde fuera: un psiquiatra de más de cincuenta, con su perilla gris y el pelo entrecano, emparejado con una agente de la ley quince años menor, rubia y en plena forma. A veces, mientras ella se dormía después de hacer el amor, la contemplaba de lado apoyado en un codo hasta que el brazo se le entumecía y se preguntaba qué habría visto en él. Era quizás la única nube en todo su cielo despejado, motivada por el hermetismo de ella, por lo reacia que era a permitirle entrar en su pasado y lo difícil que le resultaba conocerla por completo. Una sensación sutil, con la que poco podía hacer aparte de actuar como un notario sin más opción que dejarla en el listado de tareas pendientes y disfrutar de la sensación que le embargaba cuando ella lo miraba con esos ojos marrones, del color del coñac a la luz de una vela, y que sin necesidad de palabras le recordaban el significado de ser feliz.

Después de la reunión de la mañana, de poner en común lo que hasta ese momento sabían del homicidio y repartir tareas, Claudia se sirvió el segundo café del día y se sentó de lado en su mesa seguida por el sargento Anselmo Sotelo, un gallego de Combarro de treinta y tres años recién incorporado al equipo. Calmado, voluntarioso e inseguro, nada más llegar pareció establecer una especie de simbiosis con Claudia; una relación, decidida y negociada en exclusiva por él, en la que a cambio de aprender de ella todo lo que fuera capaz parecía sentirse obligado a comportarse como su guardaespaldas. Como si ella necesitara la protección de un compañero, por mucho bíceps y camiseta ajustada que luciese.

Claudia no tardó en percatarse de la situación y antes de que pasara a mayores tuvo una conversación con él en la que le aclaró una serie de cuestiones referentes a su relación laboral, lo liberó de esa autoasumida misión de convertirse en su ángel de la guarda, y le explicó que no tenía ningún problema en compartir con él toda su experiencia siempre que eso no se convirtiera en un impedimento para el normal desarrollo de su trabajo. A partir de entonces, dio la impresión de que Anselmo Sotelo, seis años menor que ella, había decidido convertirla en su modelo profesional. Y ella, por su parte, empezó a sacar partido de su admiración y de la inesperada utilidad que le reportaba discutir con él los detalles de cada investigación, unas conversaciones en las que el intercambio de hipótesis y refutaciones le permitían poner en tela de juicio sus propias teorías y encontrar los puntos débiles.

—¿Tienes las llaves?

Anselmo le mostró el manajo como respuesta. La juez de guardia había autorizado el registro de la vivienda, pero resultó que

ya no era la misma que figuraba en su ficha. Avanzada la noche, habían encontrado por fin el domicilio actual del fallecido y una pareja lo había precintado poco antes del amanecer.

—Vamos.

Salieron de la comandancia en dirección a la casa de Óscar Ripoll.

Nacido en Alicante, todo lo que quedaba de su familia, es decir, su hermana mayor, seguía residiendo allí. No pareció demasiado triste cuando le comunicaron la muerte de su hermano, no porque no le importara, sino porque parecía llevar demasiados años esperando esa llamada. Salvo alguna noticia por Navidad, poco podía contarles de los últimos veinte años de la vida de su hermano, de modo que esa vía de investigación quedó muerta nada más nacer.

—¿No crees que pueda tratarse de un simple robo o de un ajuste de cuentas? —preguntó Anselmo cuando bajaron del coche.

—¿Qué piensas tú?

Anselmo caminaba con la vista baja.

—Pues mira, Claudia —arrancó—. Yo lo que no veo claro es lo de que lo sujeten por detrás, a no ser que hubiese dos atacantes. Lleva un brazo escayolado, está en clara desventaja, arrinconado entre dos coches: lo amenazas con una navaja y lo atracas... Y si no había señales de lucha, entonces ¿para qué matarlo? O igual es que los conocía —continuó lanzado—. Pero si vas a atracar a un tipo que te conoce, pues te pones un pasamontañas. Es invierno, hace frío. ¿A quién le va a extrañar?

—Bien visto —concedió Claudia—. Yo tengo la impresión de que lo sujetaron por detrás para preguntarle algo, para hablar, y quien lo hizo tiene experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Como nos dijo el forense: es difícil provocar una fractura de la segunda vértebra con las manos desnudas.

—Lo escuché —confirmó Anselmo—. Alguien capaz de eso no necesita un compinche para cometer un asesinato.

Se detuvieron delante del portal: una reja con el cristal quebrado y la cerradura rota, que protestó como una cadera artrítica cuando Claudia empujó la puerta y pasó seguida por Anselmo en dirección a las escaleras. Al alcanzar el rellano del primer piso, un portazo sonó de golpe y una voz lejana gritó sin disimulo: «¡Han llegado los picoletos!».

La puerta del piso de Óscar estaba precintada. Anselmo cortó el precinto con una navaja e introdujo la llave en la cerradura, que cedió sin esfuerzo; se colocaron unos guantes de nitrilo y Anselmo encendió una cámara de vídeo. Pulsó el botón de grabación; mencionó sus nombres, la fecha y la hora; y avanzó hacia el interior.

Un salón de mediano tamaño con dos ventanas, la cocina a la derecha, y dos puertas más al fondo que daban acceso al baño y al único dormitorio. La opresiva vivienda parecía hacer honor al estilo de vida del fallecido: el desorden y la falta de limpieza eran patentes a pesar de las escasas pertenencias. Anselmo se asomó a la cocina tras concluir el reportaje y Claudia le indicó con un gesto que echara un vistazo mientras ella seguía hacia el dormitorio. La cama deshecha y algunas prendas esparcidas con distintos niveles de suciedad, junto al olor a persona humana poco amiga del jabón, le dieron una desagradable bienvenida. Con un suspiro se asomó al baño, también suspenso en higiene. En un armarito con el espejo algo turbio, encontró algunas maquinillas de afeitar sucias y dos cepillos de dientes muy usados; y en la bañera, un par de arañas de patas largas trataban de escalar sin éxito las lisas paredes, como si huyeran de las indefinidas manchas del fondo. Claudia alzó la tapa de la cisterna. Dentro había una botella de cristal promediada de un polvo blanco que introdujo en una bolsa para pruebas después de tomar unas fotos con el móvil.

—Claudia, ven un momento.

La voz de Anselmo la hizo dirigirse a la cocina. Sobre la encimera, junto al fregadero, había una caja de galletas de estilo antiguo y bajo las galletas, que hacían de tapadera, cuatro sobres de color marrón. Claudia tomó más fotos antes de sacarlos de la caja y luego los colocó sobre la mesita. Uno de ellos estaba rasgado y algunos billetes de cincuenta euros asomaban en su interior; todos los sobres tenían escrita una fecha y unas iniciales. Los agruparon en dos montones: en un lado los sobres marcados con la letra «P», y en el otro, los marcados con las letras «PG». Las fechas se remontaban a casi un año antes, pero no parecían tener un orden o una cadencia concreta.

—Los guardo —anunció Anselmo mientras sacaba las bolsas.

Claudia regresó al salón. Sobre un vetusto televisor de tubo había dos teléfonos móviles baratos que introdujo en dos bolsas separadas y continuó la inspección: novelas, revistas especializadas, periódicos atrasados y un álbum de fotos de la infancia. No encontró nada más que llamara su atención y una hora más tarde regresaban a la comandancia.

—¿Son deudas o chantajeaba a alguien? —apuntó Anselmo.

—Al menos a dos personas, a juzgar por las iniciales —y volviéndose hacia él, añadió—. ¿Has visto el anuncio en el portal? ¿No andas detrás de un piso para traerte a tu novia?

Anselmo la miró espantado.

—¿No oíste a los vecinos?

Claudia sonrió.

La pareja caminaba en dirección al centro comercial con el aire de complicidad natural que se consigue tras un largo matrimonio. Habían dejado sus respectivos coches en el taller del concesionario para la revisión periódica y pensaban dedicar ese par de horas a buscar un regalo de cumpleaños para el padre de ella y almorzar en alguno de los establecimientos cercanos. La conversación se vio interrumpida por el sonido del teléfono y Alejandro hizo un gesto de extrañeza al ver el aviso de número oculto. Se detuvo para responder mientras su mujer señalaba hacia el centro comercial y se adelantaba.

—Diga...

—¿Alejandro? Me alegro de oírte.

Solo le llevó unos instantes reconocer la voz de un antiguo compañero.

—Igualmente, Fernando. ¡Cuánto tiempo!

—Mucho... ¿Qué tal, todo bien?

—No me quejo. Y tú, ¿cómo te va?

—Bien, bien... Verás, me ha llamado Benito hace un rato. Quiere que nos veamos.

Alejandro guardó silencio. Hacía sol; el verano de San Miguel se había prolongado ese año más de lo habitual y el calor del mediodía no era normal para esas fechas. Pero él sabía que la solitaria gota de sudor que rodaba desde su axila no se debía al clima, sino al recuerdo de un conflicto que debería estar olvidado. Se dijo que no le apetecía nada tener esa conversación.

—¿Qué se cuenta?

—Bueno, parecía preocupado. Tiene que contarnos algo. Dice que es importante.

A Alejandro se le escapó un resoplido.

—Yo he pensado lo mismo. —Se sinceró Fernando—. Le he dicho que no tenía ningún interés en remover el pasado, pero ha sido muy persuasivo. Me lo ha pedido como favor personal y ha insistido en que es solo para hablar sobre algo que le ha ocurrido hace unos días.

—Suená extraño.

—Bastante, pero ya lo conoces. Me ha hecho prometer que sería capaz de convencerte.

—¿Cuándo?

—A las tres, donde siempre.

—¡A las tres! —Alzó el brazo para mirar su reloj—. ¿Dentro de dos horas?

—Ha dicho que su intención era quedar mañana, pero le ha surgido algo y no quiere esperar más.

—Precisamente hoy... Esta tarde tenemos el cumpleaños de mi suegro; es todo un acontecimiento familiar. Justo ahora iba con Andrea a buscar un regalo.

—Ya... No sé. Me ha pedido que te insista. Dice que será poco rato.

Alejandro levantó la vista hacia su mujer, que le hacía señas desde la entrada.

—Está bien —terminó con un suspiro—. A ver cómo se lo explico a ella.

—Vale, nos vemos luego —Fernando se despidió sin darle tiempo a pensarlo más.

Benito Montoya salió de casa con tiempo suficiente. Conseguir que los otros tres aceptaran reunirse no había sido tan difícil como imaginaba y no quería hacerlos esperar. Quizás todo aquello no fuera nada, pero desde hacía varios días se sentía inquieto y necesitaba hablarlo con ellos. Si tenía motivos para preocuparse, entonces aquello podía afectarlos también y lo correcto era que lo supieran.

Varios coches atrás, un turismo blanco tomó la misma salida en dirección a la Ronda Sur y continuó tras él a una distancia prudente. La forma de conducir de Benito no se lo puso nada fácil y en una ocasión estuvo a punto de perderlo, de ahí que, a pesar del riesgo, decidiera acercarse un poco más. Al menos contaba con la ventaja de que Benito no estaba tan paranoico como para sospechar que lo seguían.

Continuaron por la antigua carretera de la sierra y por fin un desvío hacia una pista de montaña que serpenteaba hacia el embalse de Quéntar. La persecución era más complicada porque la carretera estaba desierta y las curvas se sucedían de tal manera que desde cada tramo se podía ver gran parte del camino recorrido. Para complicarlo aún más, Benito tomaba de cuando en cuando algún desvío, por lo que si conducía demasiado cerca de él, le sería más fácil percatarse del solitario coche blanco que seguía su misma ruta; hasta que, como se temía, terminó por perderlo. Optó por quedarse a la espera en la bifurcación anterior, con la esperanza de que Benito, antes o después, hiciese el camino de vuelta por el mismo camino en dirección a Granada.

Mientras paseaba al filo de la carretera observó otro turismo, un BMW oscuro que ascendía por las últimas curvas hacia su po-

sición. También le era conocido. «Así que se van a reunir», se dijo al tiempo que tomaba una rápida decisión.

—Van más deprisa de lo que pensaba —murmuró entre dientes mientras maniobraba para dejar su coche atravesado en la estrecha calzada.

Un rato antes, Alejandro había explicado a su mujer que tenía que resolver un asunto relacionado con un paciente. Ella, preocupada sobre todo por no perderse el cumpleaños de su padre, no le había pedido demasiados detalles del contratiempo, pero sí le había hecho prometer que llegaría para recogerla antes de las siete.

—No olvides que siempre me encargo de prepararlo todo con mis hermanas.

—Lo sé. Volveré con tiempo de sobra para darme una ducha y llegar a las siete a casa de tu padre.

Después de recoger el coche del concesionario, Alejandro hizo una parada para repostar y a partir de ahí siguió el mismo camino que Benito, con la diferencia de que al llegar a una bifurcación pocos kilómetros antes del lugar de la cita, se encontró con un coche blanco que bloqueaba la carretera.

—Lo que faltaba.

El reloj del salpicadero marcaba las tres. Apurado, hizo sonar la bocina con dos toques breves y alguien se incorporó al otro lado del coche. Alejandro bajó el cristal de su ventanilla y asomó la cabeza. A pesar de la hora, a esa altitud la brisa era mucho más fría y la temperatura del interior empezó a disminuir con rapidez.

—¿Qué le pasa? —gritó.

El conductor del otro vehículo se acercó hacia él. En una mano llevaba la llave del gato y con la otra le hacía gestos para que se bajara. Alejandro esperó a que se aproximara un poco. Llevaba una braga para el cuello y la capucha de la sudadera.

—¿No sabe cambiar una rueda? —preguntó exasperado.

Entre sonidos guturales y lenguaje de signos trataba de explicarle algo mientras caminaba hacia él. «Lo que faltaba», se repitió contrariado mientras salía de su turismo. Le hizo un gesto para que lo siguiera, y cuando Alejandro se aproximaba a su altura, se giró de pronto y le estrelló la llave del gato justo por encima de los

ojos. Tras un repentino fogonazo de luz, Alejandro sintió cómo las piernas le fallaban y poco antes de perder el conocimiento notó un chorro de algo caliente que se derramaba desde la frente y le impedía ver bien.

Los tres traumatólogos charlaban delante de la casa, junto al pozo, mientras esperaban a Alejandro. Con el paso de los años, sus caminos se habían distanciado pero la camaradería surgida por lo que habían compartido veinte años atrás en el hospital de Guadix seguía ahí, y como buenos veteranos de una guerra sin disparos desempolvaban recuerdos de sus antiguas batallas. A pesar del aire frío y seco de la montaña, el sol aún templaba el ambiente a la espera de un frente que se aproximaba desde el oeste.

—En el PTS¹ las cosas van como siempre —comentó Fernando mientras Juan Diego asentía—. Ya sabes, cambian al gerente, llega el nuevo con muchos planes, pero todo sigue igual.

—¿Cómo te va a ti? —preguntó Juan Diego—. ¿Sigues con el mismo ritmo?

—Más o menos —contestó Benito. Tenía la costumbre de pasarse la lengua por los dientes después de hablar—. Desde luego trabajo mucho más que cuando estábamos en Guadix.

—Trabajas mucho más para ganar mucho, mucho más —repuso Juan Diego con una media sonrisa—. Es lo que tiene el libre ejercicio de la profesión.

—Hay sitio para vosotros, si os interesa —ofreció Benito.

Fernando negó con la cabeza.

—No, gracias —Juan Diego hizo un gesto de rechazo con las manos—. Mi objetivo es justamente el contrario: trabajar menos y ganar lo suficiente. No quiero ser el más rico del cementerio.

1. Parque Tecnológico de la Salud. Nueva ubicación del antiguo Hospital Clínico San Cecilio de Granada.

—Claro —terció Fernando—. Tú no eres adicto al trabajo. Juegas con ventaja.

Benito lo señaló con el dedo.

—Así que crees que soy un enfermo.

Fernando alzó las manos con cara de inocencia.

—Yo no he sido el que lo ha dicho. —Le dio un par de palmadas en el hombro—. No, en serio —añadió—, estaba a punto de aceptar la vacante de traumatólogo en una privada cuando a Irina le diagnosticaron el cáncer de mama. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

—¿Cómo está? —se interesó Juan Diego.

—Muy bien, gracias a Dios —respondió—. Dentro de seis meses tendrá una revisión; serán ya cinco años libre de enfermedad. Eso esperamos.

—Ya verás como sí —afirmó Benito.

—¿Y de ánimo?

—Nerviosa —dijo—. Siempre que se acerca el momento de la revisión... Los dos estamos un poco nerviosos —reconoció—. Es fuerte, se cuida mucho.

—Todo va a ir bien —insistió Juan Diego mientras Benito asentía.

—No lo dudéis —respondió Fernando con una convicción que quizás no era del todo real.

—¿Seguro que iba a venir? —Benito miró su reloj y cambió de conversación para dirigirse a Fernando, que se encogió de hombros.

—Eso me dijo. —Levantó el rostro hacia la luz del sol y con un gesto rápido se abrió la cremallera de su chaqueta de motociclista.

Benito sacó su móvil e intentó telefonarlo sin éxito.

—Apagado. —Miró el reloj—. Y yo voy con prisa; Geno cree que estoy en el hospital y a las cinco como muy tarde tengo que estar en la consulta. Solo falta que alguien llame a casa y pregunte por mí.

—Este no va a venir —intervino Juan Diego. Su mata de pelo blanco y la leve cojera le hacía parecer el mayor de los tres, aunque la realidad era justo la contraria—. Cuesta volver a los viejos tiempos.

—Le damos diez minutos —propuso Fernando—. Cuando hablé con él no parecía entusiasmado, pero me aseguró que vendría; dijo que inventaría una excusa porque estaba con su mujer.

—¿No es curioso? —dijo Juan Diego—. Todos hemos evitado decir a nuestras mujeres a dónde íbamos.

—Bastante mal lo pasaron entonces —replicó Fernando.

—Pocas veces se me vienen aquellos años a la memoria —continuó Juan Diego—, pero cuando lo recuerdo me cuesta creerlo. Fue todo tan surrealista.

—Todos lo pasamos mal —asintió Benito—. Nosotros, nuestras familias. El bueno de Federico...

—El malnacido de Piñero lo presionó hasta que se rompió. —Fernando terminó la frase describiendo un semicírculo con la punta de su bota en la grava del suelo—. Tendríamos que habernos dado cuenta antes de que era el más frágil de los cinco.

—¿Aún cargas con esa culpa? —comentó Benito—. Déjalo ya —añadió dirigiéndose a Fernando—, solo hubo un responsable de aquello, y ese no eres tú.

Fernando hizo un gesto poco convencido.

—Yo era el más cercano a Federico —dijo con voz cansada—, pero no me pude imaginar que estaba más allá de su límite. Deberíamos haberlo dejado al margen.

—No sigas por ahí —intervino Juan Diego—. Se lo sugerimos, pero él jamás se hubiera apartado; era demasiado orgulloso para eso.

—¿Os imagináis cómo hubiese sido todo si nada de eso hubiera sucedido? —comentó Benito.

—Desde luego no estaríamos aquí ahora —bromeó Juan Diego—. ¿Quién sabe? —Terminó con un encogimiento de hombros.

Los diez minutos pasaron. Luego otros diez.

—Venga, os cuento el motivo de avisaros —arrancó Benito tras otro intento de llamada—. Hace unas cuantas noches, el lunes, volvía a casa después de una tarde de quirófano y paré en un bar cercano a tomar una cerveza rápida; tengo esa costumbre para terminar de desconectar del trabajo antes de llegar a casa.

El bramido de un trueno lejano coreó las palabras de Benito.

—Estaba a punto de pagar cuando un tipo se me sentó justo al lado y pidió dos cervezas; una para él y otra para mí —explicó—.

Yo lo miré de reojo. Se veía desaliñado, quizás un poco bebido, y no me era conocido, así que le agradecí la invitación y le dije que tenía que marcharme, pero él soltó: «Será solo un momento, en memoria de los que murieron infectados en Guadix».

Fernando y Juan Diego abrieron mucho los ojos.

—Así me quedé yo. Lo primero que pensé fue que podía ser un familiar de alguno de ellos, y reconozco que me pudo la curiosidad, así que acepté. Me dije que sería poco rato y, sin embargo, estuve con él más de una hora.

—Parece mentira después de tantos años —lo interrumpió Juan Diego—. ¿Qué te dijo?

Benito asintió pensativo. Parecía hacer memoria.

—Sabía muchos detalles de todo lo ocurrido en Guadix: el aumento de infecciones en los quirófanos, la comisión de investigación; de la Guarra —Fernando sonrió—, del cese de Piñero. Me preguntó cuál había sido nuestra auténtica motivación para enfrentarnos con ellos en aquel entonces y reconozco que me costó un poco escarbar hasta el motivo último.

—Creo que no hubo un único motivo —lo interrumpió Fernando—. Es más, creo que no todos nuestros motivos fueron compartidos.

—Está claro —intervino Juan Diego mientras pasaba el brazo sobre el hombro de Benito—. Aquí el caballero quería ser jefe de sección.

—Está bien—continuó el aludido—. La cuestión es que al final le dije que todos estábamos de acuerdo en que no podíamos mirar para otro lado mientras los pacientes operados morían por infecciones graves.

—Cierto —sus dos compañeros coincidieron en eso.

—Murmuró entre dientes que era una cuestión de principios —prosiguió—. Estuvo un rato en silencio; me miraba demasiado fijo y llegó a resultar incómodo. De repente se arrancó a hablar y ahí fue cuando de verdad me dejó intrigado: afirmó que en aquel entonces no supimos ver toda la información que teníamos y llegó a insinuar algo confuso sobre Federico; que quizás él se dio cuenta y su repentina muerte en el hospital fue demasiado oportuna, creí entender. Antes de marcharse me pidió que lo meditara y aseguró que nos veríamos allí mismo alguna tarde de la semana.

—¿A qué se refería? —preguntó Fernando.

—Era todo muy vago, como si aún no tuviera claro si contármelo —contestó—, pero ese tío sabe cosas. Creo que me estaba tanteando.

—¿Lo ha hecho? —Juan Diego parecía intrigado—. ¿Has vuelto a verlo?

—No —respondió Benito—. Al día siguiente, el martes, me senté en el mismo lugar a tomar una cerveza, pero no apareció. Y ayer tampoco.

—Igual es un pirado —apuntó Fernando.

—Un pirado que sabía lo de Guadix —señaló Juan Diego.

—Puede —concedió Benito—, pero pensé que debía contároslo, de ahí que os haya avisado con tanta premura: este fin de semana asisto a un taller de terapia y prefería dejarlo resuelto antes. Ese hombre sabía bastante sobre todos nosotros y tengo la impresión de que contactó conmigo pero podría haberlo hecho con cualquiera de vosotros. —Bajó un momento la vista al suelo y luego continuó—. Yo también pienso en una casualidad, o quizás es que quiero convencerme de eso, pero hay momentos en los que me asalta la duda: me molesta no saber qué está ocurriendo.

—¿Qué sabemos de ese tipo? —preguntó Fernando; Benito se encogió de hombros:

—Nada —respondió—, pero hay algo que me quedó muy claro: estaba asustado.

—¿Y eso?

—Mientras hablábamos no paraba de mirar hacia la puerta —arguyó—. Y en un momento en que al camarero se le cayó un vaso, el pobre casi se agarra al techo. Parecía un gato escaldado.

—¿Te has planteado hablar con la policía?

—No sabría qué decirles. Además, creo que si hay un motivo real de preocupación, esto nos afecta a todos —respondió—. No creo que esa decisión deba tomarla yo solo.

—Un momento —Juan Diego los interrumpió—. Vamos a imaginar: si el tipo es un pirado, la policía no va a hacer nada, pero si hay alguna relación con lo de Guadix, mejor esperar. ¿Quién sabe? Lo mismo no pudo acercarse esa tarde y se vuelve a encontrar contigo la semana que viene.

Los otros guardaron silencio; el argumento parecía razonable. Fernando fue el primero en hablar.

—Yo creo que nos estamos pasando de frenada. Sinceramente, no creo que tengamos motivo para preocuparnos: podía estar asustado por cualquier otro motivo, y como sigamos por este camino vamos a terminar viendo fantasmas por las esquinas.

Benito miró su reloj. Luego sacó el teléfono y volvió a marcar el número de Alejandro.

—Sigue apagado —murmuró algo molesto—. La verdad, no me lo esperaba —y luego se dirigió a los otros dos—. Pensad en lo que hemos hablado. Si os parece, lo volvemos a comentar la semana que viene y tomamos una decisión. Intentaré ponerme en contacto con Alejandro; se lo contaré por teléfono y que haga lo que le parezca. Mientras tanto, tened cuidado.

—Y si aparece el desconocido, dile que los cuatro queremos hablar con él —afirmó Fernando—. A ver si habla claro y terminamos con esto de una vez por todas.

Un turismo y una motocicleta abandonaron la finca. Juan Diego, el último en salir, activó la alarma, subió a su coche y se marchó.

Una guardia se detuvo junto a la mesa de Claudia y dejó unos folios sujetos con una grapa. «El listado de llamadas de los móviles. Las tarjetas no estaban a su nombre», dijo por toda explicación. Claudia sujetó el auricular con el hombro y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. «Enviadlos a Madrid, al servicio de información», le respondió.

Tras finalizar la llamada, se tensó el coiletero y buscó un lápiz en el cajón.

Anselmo apareció casi al momento.

—¿Qué es? —preguntó con la vista en los papeles.

—El listado de llamadas de los teléfonos de casa de Ripoll. Hay para echar un rato.

—Te ayudo.

Separaron la grapa y cada uno tomó la relación de llamadas correspondientes a cada móvil. Los dos listados comenzaban en la misma fecha.

—Me da que este hombre cambiaba de teléfonos cada poco tiempo —comentó Anselmo al percatarse del detalle.

Media hora después tenían una relación de nombres y bastantes números de los que no se conocía el titular o ya no correspondían a ningún cliente. Al lado de cada nombre, una cifra indicaba el número de llamadas realizadas. Un par de llamadas a su hermana, bastantes teléfonos de prepago y muchos números de farmacias; un nombre que a Claudia le sonó familiar y resultó ser de un distribuidor de coca de medio pelo; el número fijo de una mujer llamada Pilar García-Modrego Castán y otro par de llamadas a lo que parecía ser una clínica privada.

—¿Qué te parece? —preguntó Anselmo.

—Nada desentona con lo que sabemos del señor Ripoll, a excepción de un detalle.

Anselmo permaneció en silencio y ella señaló con el lápiz un nombre en el listado.

—Pilar García-Modrego Castán. —Acompañó cada palabra con un golpe del lápiz—. Parece un nombre sacado de la realeza. No le pega.

Su compañero se inclinó sobre la mesa y asintió con la cabeza después de leerlo.

—Puede ser —dijo por fin.

—Busca tú la información del centro médico; yo me encargo de la baronesa.

Anselmo marcó el número de la policlínica y Claudia introdujo el nombre y apellidos de Pilar en el buscador. Había muchas entradas, algunas de ellas con fotografía de la mencionada. En todos los enlaces se hacía referencia a su paso por una compañía farmacéutica alemana y a su importante labor en el desarrollo de dos fármacos que habían supuesto un notable avance en la medicina mundial. En su biografía, Claudia encontró al fin la relación con Óscar: hacía unos veinte años los dos habían trabajado para esa misma empresa. Ella como responsable de la división de investigación, y él como investigador.

—Pásame las fotos de los sobres de dinero —pidió a Anselmo que tenía el expediente sobre su mesa.

Le tendió un portafolios transparente y ella las fue pasando con el lápiz entre los dientes.

—«PG» y «P» —murmuró en voz baja.

Anselmo colgó el teléfono y le preguntó:

—¿Has encontrado algo?

Ella le resumió la búsqueda y le señaló las instantáneas de los sobres.

—Pilar García —dijo—. Tanto la letra «P» como las iniciales «PG» podrían aludir a ella.

—Pues tendremos que preguntarle —concluyó Anselmo—. El otro teléfono corresponde a una policlínica con varias especialidades. He tenido suerte, aunque es festivo han aprovechado para hacer una actualización del programa informático y a los técnicos les queda para rato. He quedado en que pasaremos por allí a primera hora de la tarde.

—Dame un segundo —pidió Claudia mientras descolgaba el teléfono.

Tras una breve conversación se dirigió de nuevo a Anselmo:

—Nos dividiremos —decidió sobre la marcha—. La baronesa vive en una mansión cerca de Motril y me puede recibir también esta misma tarde. Después nos vemos aquí si te parece.

—Sin problema.

—¿Cómo tan pronto por aquí? —preguntó Ernesto al verla entrar.

—¿Qué almorzamos? —preguntó ella a su vez—. Voy con un poco de prisa, ahora te cuento.

Desapareció tras la puerta del baño.

Ernesto fue hasta la cocina y pensó en preparar algo de pasta, aunque recordó un par de raciones de crema de lentejas y decidió que, si iba tan apresurada, podía ser más adecuado. Cuando abrió la puerta del microondas, ella apareció por detrás, lo hizo girar y lo abrazó mientras le daba un succulento beso.

—Te veo animada.

—Hay carrete del que tirar. —Otro beso.

—Eso es bueno.

—Es muy bueno.

Ernesto aliñó una ensalada de frutas mientras ella colocaba mantel y cubiertos en la mesa de la cocina.

—Tengo que bajar a Motril en cuanto almorcemos.

Él asintió.

—¿Vuelves hoy?

—Espero que sí —respondió ella—, aunque tendré que pasar por la comandancia un rato. Eso si no surge nada más durante la guardia.

—Ojalá que no.

—Te llamaré cuando esté de regreso y ya te digo cómo se presenta la noche. ¿Qué haces tú?

Ernesto alzó la vista de su plato.

—Mis planes son preparar el equipaje y el material para el taller de psicoterapia del fin de semana, y no acostarme demasiado tarde —explicó—. No tan excitantes como los tuyos.

—No te quejes —sonrió ella—. Te espera un fin de semana de lo más interesante.

Ernesto asintió. Dedicado desde hacía muchos años en solitario a su consulta privada, tras empezar a vivir con Claudia se había planteado la posibilidad de incluir la terapia de grupo en su oferta y llevaba meses planificándolo con Lucía, una psicóloga que conoció poco antes de terminar la residencia. Procedente de Argentina, se había instalado en Granada poco después de conocerse, y su relación, basada en un principio en los temas profesionales, terminó por convertirse en una sana amistad. Cuando Ernesto le comentó su intención de organizar un grupo de terapia en su consulta, ella se prestó a ayudarlo en lo que necesitara y unos meses más tarde le planteó la idea de coordinar juntos un taller de psicoterapia de un fin de semana completo, que ella realizaba una vez por semestre. Después de hablarlo con unos cuantos pacientes escogidos, acordaron participar en el taller de noviembre. Eran los más antiguos de su consulta y en las últimas semanas, tras obtener su autorización, había empezado a compartir sus historiales con Lucía.

—¿Estás nervioso? —preguntó Claudia.

—Nervioso no es la palabra que mejor lo define —respondió él—. Yo lo llamaría trema.

—¿Trema? —Sus cejas se elevaron con una sonrisa.

—Es la sensación de tensión que describen los actores de teatro antes de salir a escena. No son nervios exactamente —explicó—, aunque sería peor si te hubieses decidido a venir.

La última frase sonó a leve reproche y Claudia dejó la cuchara y se limpió las comisuras de los labios.

—Te prometí que me animaría, pero luego no lo tuve del todo claro —reconoció.

—Es una lástima. Un taller es una experiencia que al menos habría que hacer una vez en la vida, siempre que se haga con buena disposición. En cierto modo te ayuda a abrir los ojos.

—Me insistes demasiado —Lo observó con la cabeza levemente inclinada—. ¿Hay algo que deba saber? Quiero decir, ¿es necesario para nosotros?, ¿como pareja?

Ernesto meditó un momento la respuesta.

—No es eso. No es imprescindible —aclaró—. Solo pienso que sería bueno para ayudarnos a compartir un mismo idioma. A ve-

ces siento que eres demasiado hermética, que guardas demasiadas cosas en tu interior. Tengo la sensación de que te conozco bien, pero al mismo tiempo tengo la impresión de que aún me queda mucho por descubrir. Y tú no lo pones fácil.

Claudia removió el resto de crema en su plato y apartó la cuchara.

—Te aseguro que nadie me ha conocido tanto como tú —dijo con voz pausada—, y es probable que aún te falte mucho, pero no es mi momento para un taller.

—Bueno...

—Es más —Claudia evitó la interrupción—, ni siquiera tengo claro que me apetezca escarbar en eso que quede por conocer. Como tú mismo dijiste, para ir con mala predisposición, mejor no ir.

—Está bien. Quizás haya otra ocasión. ¿A qué hora tienes que salir?

—Un té y me largo. —Recobró la sonrisa mientras dejaba su plato en el fregadero y encendía el calentador de agua.

A las cinco de la tarde, puntual como el Big Ben, Claudia pulsaba el botón del portero automático de la entrada de la mansión. En cuestión de segundos, el portón metálico de la finca comenzaba a abrirse con un chasquido. Ella guardó la credencial que había mantenido en alto frente a la cámara y avanzó con el coche por un sendero de grava que atravesaba el frondoso jardín y parecía rodear hacia la zona alta, flanqueado por árboles inmensos de diferentes especies, bajos muros de piedra vieja y alguna que otra estatua cubierta de musgo que parecía observarla al pasar y olvidarse de ella con cierto desdén cuando la rebasaba.

En la explanada frente a la casa, la esperaba para acompañarla un mayordomo tan tieso como el almidón de su uniforme.

—La señora me ha pedido que le pregunte si desea tomar algo —dijo mientras le indicaba el camino—. Me permitiré recomendarle un chai que mezclamos nosotros o una limonada casera.

—La limonada será perfecta, gracias.

Al terminar el tramo de escaleras, Claudia tuvo la sensación de haber viajado a un balneario a principios del siglo pasado. Varios tramos de toldo de franjas en tonos marrón y tierra cubrían una amplia terraza con diferentes grupos de mesas y sillones. Todos distintos, todos acogedores. En la parte central, de un cómodo sillón con amplios cojines se levantó una señora de pelo corto y completamente blanco, con una radiante sonrisa y unos ojos grises e inteligentes.

—Soy Pilar García-Modrego —dijo mientras le ofrecía su mano—. Bienvenida.

—Sargento Claudia Tatsis, Policía Judicial. —La mano de Pilar le resultó cálida y firme. Le señaló el sillón a su derecha.

—Póngase cómoda.

—La sargento Tatsis tomará una limonada —comentó el mayordomo tras un formal carraspeo.

—Yo tomaré otra —dijo ella antes de acomodarse—. Muchas gracias, Alberto.

Mientras el aludido desaparecía en el interior, la dueña de la casa fue directa al asunto:

—Me pareció entender que el motivo de su visita guarda relación con Óscar Ripoll —Claudia asintió—. ¿Qué ha hecho ahora este hombre?

Claudia la miró un instante con interés.

—Me resulta curioso que pregunte eso.

Dejó la frase en suspenso y la señora la recogió.

—Óscar era un investigador brillante —comenzó—, pero carecía de una virtud imprescindible para esa profesión: la paciencia. Quería resultados a toda costa y no fue capaz de comprender que en la investigación farmacológica cada paso se debe dar sobre seguro. —Meneó la cabeza de lado a lado—. Se equivocó. Intentó dar más de un paso antes de tiempo y se despeñó. Y lo que es peor, estuvo a punto de arrastrar a toda la compañía en su caída. Yo lo quería casi como a un hijo, pero las directrices de arriba eran muy claras y me tocó firmar su cese. Desde aquel momento, su vida ha sido un tortuoso camino hacia la perdición, de ahí que le pregunte en qué lío se ha metido esta vez.

Claudia guardó silencio. El mayordomo depositó una bandeja de plata con exquisito cuidado sobre la mesa y se retiró.

—Encontraron el cadáver de Óscar Ripoll hace dos días.

La cara de Pilar compuso una expresión de sorpresa que parecía genuina al tiempo que se inclinaba hacia el respaldo, como si algo la hubiese golpeado.

—¡Dios mío! —acertó a decir con voz entrecortada—. ¿Cómo fue? No estaría usted aquí si...

—Fue un homicidio. —Claudia confirmó su sospecha—. Lamento no poder darle más detalles.

Pilar volvió a acomodarse.

—Pobre...

Claudia asintió un par de veces mientras le daba tiempo a recomponerse.

—Y ustedes creen que yo puedo ayudarles en su investigación.

—Necesitamos datos para componer una imagen lo más completa de la víctima —explicó Claudia—. ¿Cómo se conocieron?

Pilar alzó su blanca cabeza hacia el cielo y pareció dejar ir la vista con las nubes que se deslizaban perezosas hacia levante. Al poco empezó a hablar con voz calmada:

—Fue en 1994. Llevaba varios años en DKL cuando me nombraron directora de investigación y unos meses después Óscar entró en mi equipo. Debía tener unos treinta años y su currículum era brillante, pero lo que más me llamó la atención fue su empuje y su preparación. —Negó con la cabeza con una expresión mezcla de tristeza y nostalgia—. Más allá del trabajo, pasábamos horas charlando: él me exponía ideas que parecían muy novedosas y prometedoras, y yo le hacía la crítica. Es muy estimulante contar con alguien así en un equipo de investigación —concluyó mirando a Claudia a los ojos.

—Antes ha dicho que fue demasiado impaciente.

Pilar afirmó con la cabeza varias veces.

—En la investigación farmacológica hay que ser muy precavido. Algo que parece perfecto en laboratorio, en los ensayos en animales, e incluso en los ensayos con voluntarios, puede venirse abajo cuando se prueba en pacientes —explicó—. La legislación es muy estricta en estas cuestiones, a veces demasiado, en mi opinión, pero así es como están las cosas. Si te saltas esas reglamentaciones, aunque tengas suerte y consigas buenos resultados, la compañía puede verse en problemas muy serios. Óscar tenía demasiada prisa y falseó resultados de algunos ensayos porque estaba convencido de que su hipótesis era correcta, pero los propios sistemas de control de DKL detectaron el fraude y en 2001 tuve que firmar su despido.

—¿Cómo se lo tomó él?

—Mal —afirmó ella—. El día que le comuniqué su cese en mi despacho se salió de sus casillas. Gritaba que todo aquello era un error, una injusticia. Me amenazó, me suplicó, se echó a llorar como un niño... Creo que ese fue uno de los peores días de mi vida laboral. Y lo cierto es que dijo muchas cosas con las que yo misma estaba de acuerdo, pero había pasado líneas que ya no tenían vuelta atrás.

—¿Cosas con las que estaba de acuerdo?

—Verá. La ética de la investigación es algo que encorseta demasiado la posibilidad de avanzar. Sé que esto le puede sonar raro, pero si queremos avanzar en sanidad, a veces tenemos que correr riesgos, y la cuestión es que la valoración de los riesgos desde el punto de vista de los comités de ética es muy diferente a la que hacemos los investigadores. —Permaneció un instante con la vista fija en ella—. A veces nos exigen demasiada pulcritud, nos piden unas respuestas que no podemos dar, porque precisamente para encontrar esas respuestas es para lo que investigamos. Hay demasiada hipocresía en el mundo, también en el ámbito de la investigación, y por supuesto en el de la ética de la investigación.

—Ya.

—Pero así son las cosas, y para evitar problemas hay que ceñirse a esas directrices —afirmó con rotundidad como si el asunto no admitiese discusión—. El progreso de la farmacología debe basarse en investigaciones éticamente intachables... —De repente se inclinó hacia Claudia y le lanzó una pregunta—. Si los nazis hubiesen descubierto una cura para el cáncer en los experimentos que hacían en sus campos de concentración, ¿sería usted partidaria de utilizarla?

—Supongo que sí —respondió Claudia tras meditarlo un rato—. Es una pregunta difícil.

A Pilar se le escapó una media sonrisa.

—Lo difícil es la respuesta. Podríamos salvar muchas vidas, pero a cambio ¿no estaríamos justificando en cierto modo lo que hicieron?

Claudia lanzó un suspiro.

—No es fácil —concedió Pilar.

—Está insinuando que el despido de Óscar tuvo alguna relación con este tema.

Pilar se echó hacia atrás y se le escapó una carcajada.

—Para nada —afirmó—. Y aunque así fuera, tampoco podría darle muchas explicaciones. En su día firmé una cláusula de confidencialidad con la empresa que me impide entrar en detalles.

—Una orden judicial podría ser suficiente para anular esa cláusula —sugirió Claudia.

—En tal caso, y si mis abogados me lo recomiendan, no tendría ningún inconveniente en comentar los detalles con su señoría — declaró sin inmutarse—. En cualquier caso, estoy segura de que nada de lo que ocurrió entonces les serviría para aclarar el motivo de su muerte.

—Supongo que usted no sabrá de nadie que pudiese ser enemigo de Óscar.

Su anfitriona meditó un segundo.

—Nadie que yo conozca —afirmó—. Imagino que en el mundo en que se movió después pudo buscarse algún enemigo, pero a mí no me consta.

—Volvamos a su relación con Óscar. —Claudia cambió de asunto—. ¿Cuándo lo vio por última vez?

Pilar frunció los labios y entornó un poco los ojos. Una repentina ráfaga de aire hizo que Claudia se estremeciera.

—Déjeme pensar... La verdad es que no lo recuerdo con certeza, pero fue hace varios años. A ver, creo que fue poco después de que nos mudásemos a esta casa. La adquirimos en 2010; el precio bajó tras la crisis de la vivienda, y las reformas nos llevaron más de un año, así que debió de ser a principio de 2012. —Afirmó con la cabeza, ahora con más seguridad—. Una tarde me llamó y se pasó por mi despacho. Yo había planeado jubilarme en uno o dos años y de algún modo debió de enterarse, porque me pidió que antes de dejar la empresa hiciera un último intento por conseguirle un contrato. Le dije que lo comentaría con mi sucesor, pero no quise alimentar en él falsas expectativas; que tuviera la certeza de que la respuesta iba a ser la misma. Al fin y al cabo, aunque se nos pedía opinión, las contrataciones no dependían del puesto.

—Veo que se jubiló muy pronto.

Ella le agradeció el comentario.

—No crea. En breve cumpliré sesenta y cuatro años. —Sonrió—. Me jubilé a los cincuenta y nueve con una buena pensión; creo que me la había ganado.

—¿Alguna conversación después de aquello? ¿Alguna llamada? ¿Alguna noticia suya?

—En tres o cuatro ocasiones habremos hablado por teléfono. Quizá más. A veces me llamaba para comentarme alguna idea que había tenido. —Negó con la cabeza—. No eran conversacio-

nes agradables, ¿sabe? Se ilusionaba con poder salir del agujero en el que se había metido, con poder volver a la investigación. No quería darse cuenta de que su vida de investigador, por buenas que fuesen sus ideas, había terminado después de ir a la cárcel... Supongo que ustedes ya sabrán que estuvo en prisión.

—Claro —confirmó Claudia.

—A veces me pregunto cuál es la decisión equivocada que da origen a que una vida termine en un completo desastre —comentó. La sonrisa se había borrado de su cara—. En el caso de Óscar, cuando miro hacia atrás, tengo la impresión de que cada vez que la vida lo colocaba en una encrucijada, él elegía el camino más directo hacia el infierno.

Claudia miró su reloj e hizo ademán de levantarse. Su anfitriona la imitó.

—Muy agradecida por la conversación —dijo mientras alcanzaba su anorak.

—Ha sido un placer.

De repente Claudia pareció recordar algo.

—Perdone, una última pregunta. —Pilar enarcó las cejas—. ¿Recuerda usted si sus subordinados la conocían de alguna manera en especial?

Pilar frunció la expresión un instante.

—¿Se refiere a un apodo? —Su cara se abrió en una sonrisa incrédula.

—Un apodo, una inicial. Sí, algo así.

—Pues no, que yo sepa —negó ella—. Aunque de haber habido algo de eso, supongo que yo sería la única en no saberlo.

Claudia, ahora sí, se despidió.

—No la molesto más. De verdad que ha sido muy útil poder conversar con usted.

El mayordomo, que debía haber permanecido atento a las dos mujeres, apareció por el extremo de la terraza y se dirigió hacia ellas.

—Alberto la acompañará hasta su coche.

—Por cierto, deliciosa la limonada —se dirigió a los dos—. Ha sido una buena sugerencia.

—Gracias, señora —respondió el aludido, que ya la precedía hacia la escalinata.

De vuelta a Granada el tráfico era bastante menos intenso que en dirección contraria a causa del éxodo hacia la costa por el puente de Todos los Santos. Claudia deseó pasar unos días fuera con Ernesto, lejos de todo. «A ver cómo cae el puente de diciembre», se anotó mentalmente echar un vistazo al calendario y quizás darle una sorpresa con alguna reserva. «Lleva unos días un poco raro, y tanta insistencia en que haga el taller de psicoterapia... Debe de ocurrirle algo, a lo mejor son solo los nervios por ser el primero; se lo toma todo muy a pecho. Estaría bien cenar juntos esta noche, pero va a ser complicado».

Decidió llamarlo.

—¿Qué tal? —La voz de Ernesto llenó el habitáculo—. ¿Sigues tan guapa como esta mañana? —Ella sonrió.

—Mucho más —respondió alargando las vocales—. Voy por la circunvalación.

—Pues sigue recto y no te desvíes hasta el pantano.

—Ya me gustaría —contestó ella—. Pero no va a poder ser; me queda un rato en la comandancia, eso si no surge nada más durante la guardia.

—Vale —Ernesto simuló voz de indiferencia—. Tú te lo pierdes. Ella se echó a reír.

—No seas malo. Creo que llegaré tarde, pero te prometo que mañana desayunaremos juntos, y quizás antes del desayuno...

—¿Una ducha? —respondió inocente.

—¿Juntos?

—Perfecto. De todos modos igual estoy despierto cuando llegues. Un beso.

—Otro.

La música de la aplicación del móvil volvió a sonar, y ella empezó a tararear una cancioncilla pegadiza hasta que entró una llamada de Anselmo: acababa de llegar a la comandancia y quería saber cuánto le faltaba a ella. Diez minutos después, estaban sentados frente a frente.

—Al principio fueron un tanto reacios a darme la información —explicó Anselmo—. Pero cuando les dije que molestar al juez para pedir una orden y ponerlo todo patas arriba iba a ser más engorroso, se han suavizado bastante.

Claudia se echó a reír.

—Resulta que Óscar Ripoll no era exactamente paciente del centro —prosiguió mientras consultaba sus notas—, allí son todos de pago o a través de compañías privadas, y el pobre, ni lo uno, ni lo otro. Pero me han explicado que alguna vez el director pidió a alguno de los especialistas que lo atendieran por pequeños problemas de salud, como un favor personal.

—¿Es frecuente eso? —se interesó Claudia.

—Me han dicho que es normal con familiares o con algún amigo. Parece un consultorio de lujo, no creo que sea barato.

—¿Quién es el director?

—Es el dueño del negocio, aunque no trabaja allí. También es médico: «A... nes... te... siólogo» —lo pronunció con lentitud para no embrollarse—. Alberto Piñero Galíndez. Cuando volvía caía en la cuenta de que a los apellidos también le encajan las iniciales de los sobres, ¿viste?

Claudia asintió y anotó el nombre. Hizo una búsqueda rápida en la red y Anselmo se colocó de pie tras ella para mirar la pantalla. Aparecían cientos de entradas y artículos con su nombre: un premio nacional de investigación; presidente de la sociedad española de anestesiología, reanimación y terapéutica del dolor; vocal del comité nacional de ética de investigación, conferencias en Europa y América, socio de honor de varias sociedades científicas.

—Es una eminencia, carallo —comentó Anselmo mientras arqueaba las cejas.

Claudia pinchó en uno de los resultados: el doctor Piñero iba a participar en unas jornadas de ética e investigación al día siguiente en Antequera.

—Puede ser una buena ocasión —se dijo.

—¿A las bravas?

—Este hombre pasa mucho tiempo fuera —explicó—. Es posible que tardemos en tener otra oportunidad, y de aquí a Antequera hay solo una hora. Mejor un encuentro casual que una citación, no perdemos nada.

—Como quieras —dijo Anselmo—. Te puedo acompañar.

—Será mejor que vaya sola —opinó Claudia—, voy sin avisar. Me pondré el disfraz de estudiante embelesada para facilitar las cosas.

—Si lo necesitas yo te cubro la guardia mientras estás fuera —Claudia le agradeció el ofrecimiento—. Venga, cuéntame cómo te ha ido con la baronesa.

Claudia le hizo un resumen de la conversación que había mantenido unas horas antes y terminó por comentarle sus impresiones.

—Tiene las cosas muy claras, es una mujer fuerte, rica, poderosa, y por lo que he encontrado en Internet, tiene amigos aún más poderosos.

Anselmo asentía con las cejas arqueadas y las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo.

—En ningún momento he tenido la sensación de que no fuese sincera —continuó Claudia—, aunque tampoco pondría la mano en el fuego porque me haya contado toda la verdad. Me ha parecido una mujer muy interesante y me ha planteado un par de cuestiones que me pueden tener muchas noches en vela.

—¿Cómo cuál? —Anselmo mostró curiosidad.

—Referentes a la investigación y la ética.

—Fíjate —exclamó Anselmo—. Como el comité del doctor Piñero.

—Cierto.

Una vez terminaron de ponerse al día, Anselmo se despidió no sin antes insistirle en cubrir las horas de guardia que necesitara.

—En serio, avísame si te llaman, ¿oíste?

Cuando se quedó sola, Claudia dedicó casi otro par de horas a investigar al doctor Piñero. Un rostro agradable, moreno, con un bigote bien cuidado y expresión afable. «Demasiado manso», se dijo extrañada. Luego, mientras buceaba en el pasado descubrió que entre 2004 y 2008 había liderado algunos proyectos de investigación financiados por DKL. «Lástima no haberlo sabido antes

de la entrevista con la baronesa», pensó, aunque después de leer un poco más comprendió que estaba claro que ambos se habían conocido y que de aquella colaboración salieron los fármacos que les proporcionaron fama y riqueza a ambos.

Recordó la conversación con Pilar y se dijo que, a diferencia de Óscar Ripoll, Piñero y ella sí que habían sabido escoger con sabiduría en las bifurcaciones de la vida. Eso, y un poco de suerte tal vez. O quizás estaba simplificando demasiado y las elecciones eran una cuestión más complicada, más imprevisible: crees que has elegido bien y a la vuelta de unos meses es imposible saber qué hubiera sido de ti en caso de haber escogido la opción contraria. Bueno, no hay que dar tantas vueltas a las cosas, la vida es incertidumbre. Te puedes plantear las decisiones hasta cierto punto, si no, nunca decides, y no decidir también es una forma de decidir.

Terminó con una sonrisa ante su propia ocurrencia y se estiró hacia atrás en su silla con los brazos sobre la cabeza. La mirada distraída fue a caer en el reloj; casi las once y media, buen momento para terminar la jornada. Antes de marchar, abrió la aplicación SIGO² para echar una ojeada a las novedades y le llamó la atención, por la cercanía, la denuncia de una desaparición presentada por la esposa de un tal Alejandro Sierra en el puesto de la Guardia Civil de Armilla. «Otro que se fuga con la querida», pensó antes de apagar la lámpara de su mesa y abandonar la comandancia en dirección al pantano.

2. Sistema integrado de gestión operativa, análisis y seguridad ciudadana (S.I.G.O.).

Ernesto llegó al hotel rural diez minutos antes de la hora fijada. Encontró a Carmen, la gerente, dando instrucciones a los dos empleados para terminar de dejarlo todo listo. Lo acordado con Lucía era que en el hotel no quedara ningún trabajador durante el fin de semana, y un servicio de *catering* sería el encargado de llevar la cena del sábado, los dos almuerzos y el desayuno del domingo.

En la planta baja, nada más entrar, había una recepción no muy decorada. Hacia la derecha, un corto pasillo daba paso al amplio y luminoso comedor; a la izquierda, tras una pequeña cafetería, se accedía al salón que utilizarían para la terapia grupal.

Carmen apareció por la escalera que subía a la planta de las habitaciones. Se dirigió a Ernesto con cierto apuro:

—Tenemos habitaciones sin limpiar, algunos clientes acaban de abandonar el hotel —dijo mientras se frotaba las manos húmedas.

—¿Todas?

—No, la de Lucía y la suya están listas —explicó—. Para el resto hemos pensado dejar una habitación y que puedan acumular los equipajes hasta que estén todas listas.

Lucía, que acababa de llegar, había escuchado sus últimas palabras.

—Ningún problema, Carmen —dijo con una sonrisa—. Está todo bien. A la hora de almorzar adjudicaremos el resto de habitaciones y podrán acomodarse; antes no las van a necesitar.

Quique, el marido de Lucía, apareció con un equipo de sonido y una alargadera enrollada colgada del hombro.

—¿Qué dices, Ernesto? —dijo tras descargarlos junto a la entrada—. ¿Cómo te va?

—Hola, Quique. ¿Te echo una mano?

—Sí. Me vendrá bien.

A falta de media hora para que llegase el autocar con los asistentes, Ernesto subió a su habitación y deshizo la maleta. Ropa cómoda, deportivas, un par de sudaderas. Dejó el pijama sobre la cama y la bolsa de aseo en el cuarto de baño. Pensó que algo en aquella habitación le recordaba a la de Las Negras, en Cabo de Gata, la primera vez que Claudia y él hicieron juntos un viaje. Se habían prometido repetirlo, pero la vida y las obligaciones a veces parecen hacer sus propios planes, y en estos dos años aún no habían encontrado el momento. Se sentía afortunado al pensar en ella y echaba de menos tener tiempo para los dos, sin prisas, sin tener que hacer nada en especial, solo disfrutar de la compañía y dejarse estar. No como esa mañana. El cansancio en exceso no ayuda a la libido, de ahí que las duchas matutinas fueran rápidas e individuales. Claudia hizo honor a su costumbre y algo apurada tomó una taza de café de un par de tragos y una galleta de avena y naranja; las tostadas, una vez más, quedaron a cargo de Ernesto. Estaba muy guapa esa mañana, con sus tejanos negros, su anorak y una blusa en lugar de su habitual camiseta.

Desde la habitación escuchó el suspiro de los frenos del autocar. Las dos puertas laterales se abrieron y los pacientes salieron a la fría mañana cargados con sus mochilas. El hotel se encontraba a la falda de una escarpa, de tal manera que el sol quedaba oculto tras las montañas hasta bien entrada la mañana y la escarcha cubría de terciopelo blanco la vegetación que se protegía del viento pegada al suelo. Como contrapartida, las puestas de sol eran un espectáculo y la luz dorada bañaba todo el frontal de la construcción hasta la caída de la noche. Se apresuró para bajar a recibirlos: cuatro de los pacientes eran de su consulta y si les ayudaba a entrar con buen ánimo en el taller luego todo sería mucho más sencillo.

—A ver, chicos. —Lucía les hacía señas desde la entrada—. Vayan pasando por aquí. —Con un folio en la mano, en el que había apuntado el reparto de habitaciones, los reunió a todos en la zona de recepción y los fue nombrando para comunicarles con quién compartían dormitorio.

—Las habitaciones no estarán listas hasta poco antes del almuerzo —explicó—, así que tendréis que dejar las maletas en la

habitación de Penélope. —Señaló con el bolígrafo a una joven de pelo largo, rubio con mechas oscuras y ojos felinos, que se encontraba cerca de la cafetería—. Es la única disponible por el momento. Dejaremos la llave en recepción por si alguien necesita coger algo: habitación número nueve. ¿Entendido?

Hubo un murmullo a su alrededor.

—Vale —continuó—. Para quienes no hayáis venido nunca a un taller, los móviles estarán apagados y dentro de esta bolsa, y los relojes también. Si alguien necesita hacer una llamada, poner una alarma o lo que sea, que nos lo diga y no será problema, pero no vamos a pasar el taller interrumpidos por la llegada de mensajes ni llamadas. Ahora podéis tomar un café o echar un cigarrillo; en media hora comenzamos.

—¡Señor, sí señor! —exclamó alguien desde el fondo y la ocurrencia levantó un coro de risas.

Ernesto se sentía excitado. Habían preparado a conciencia los trabajos individuales de cada asistente en las dos semanas previas; tanto Lucía como él los conocían a todos como si fuesen propios. Como en una premonición, tuvo la seguridad de que iba a ser un fin de semana inolvidable. Se sintió contento de estar allí, de poder ofrecer algo así a sus pacientes y de compartirlo con Lucía. Con ese buen ánimo, se dirigió tras ella a la sala de grupo para terminar los preparativos.

Claudia leyó el programa que le acababan de entregar: «Problemas éticos de la investigación sanitaria en un mundo globalizado. Conferencia inaugural a cargo del doctor Piñero Galíndez». Si se ceñían al horario, la conferencia debería estar a punto de terminar. Empujó la pesada puerta que daba paso al auditorio y se mantuvo al fondo hasta que los ojos se acomodaron a la penumbra. El salón estaba abarrotado y decidió quedarse en pie. Frente a ella, un foco de luz alumbraba un atril desde el que el orador, con voz seductora, desplegabla sus argumentos con el fondo de imágenes de una presentación elaborada con esmero.

—Es una cuestión de justicia que las cargas y los beneficios de la investigación se repartan de una manera lo más equitativa posible o de lo contrario estaríamos provocando una desigualdad aún mayor. Algo que en nuestro entorno reducido puede ser difícil de imaginar se convierte en un problema acuciante cuando enfrentamos la investigación en un mundo globalizado. El estudio de la azatioprina oral en África es un caso paradigmático: se autorizó el ensayo con el fin de buscar un tratamiento para el virus de la inmunodeficiencia humana, casi de un modo compasivo, hacia países pobres que no podían hacer frente al coste del tratamiento intravenoso, pero cuando se comprobó que ambas vías de administración eran igual de efectivas, todos, pobres y ricos, nos beneficiamos a la par.

Hizo una breve pausa. Tras él, las imágenes de hospitales precarios y campos de refugiados se sucedían a ritmo creciente. El llamativo silencio en el auditorio era el mejor signo de que el orador había conseguido captar la atención del público y Claudia comprendió que en su voz había una curiosa cualidad que hacía sentir que lo que decía iba dirigido solo a ti.

—Si tenemos en cuenta que en aquella época existía el convencimiento equivocado de que el tratamiento por vía oral era mucho menos efectivo, les aseguro que ese estudio jamás se hubiera aprobado en ningún país occidental. Dicho de otro modo: los países ricos les dimos las migajas del festín y al final resultó que las migajas eran igual de suculentas pero mucho más baratas, y entonces nos volvimos a apropiarnos de ellas.

El vertiginoso pase se detuvo bruscamente en un enfermo extremadamente delgado postrado en una cama; un lento zoom cerraba el encuadre hacia el rostro demacrado para acompañar la última frase de la conferencia

—Espero que a lo largo de las jornadas tengamos la ocasión de debatir sobre esta hipocresía. Muchas gracias.

El auditorio estalló en una ovación como si todos los pares de manos pertenecieran a una única persona. Claudia no tuvo más remedio que reconocer que era un buen comunicador y sabía manejar los recursos a su alcance.

Tras quitarse el auricular con micrófono sin ninguna prisa, las luces de la sala fueron aumentando su intensidad y Piñero bajó del escenario para saludar a los que se encontraban en la primera fila, que aún aplaudían puestos en pie, mientras al fondo las palmas cedían y los asistentes empezaban a dirigirse hacia la salida. Según el programa, tras la conferencia había un descanso de media hora, y Claudia, a contracorriente, avanzó hacia el escenario. Era la ocasión de cruzar unas palabras con Piñero.

A base de repartir con generosidad unos cuantos «perdonen» y «disculpen», por fin consiguió abrirse paso hasta quedar tras él:

—Enhorabuena, doctor Piñero. —Consiguió que su voz sonara cargada de admiración—. Una conferencia magistral.

Piñero se giró con una sonrisa beatífica. Su mirada, al encontrarse con Claudia, estuvo al borde de ser seductora, pero no llegó a traspasar esa línea. Tras un instante incómodo, le tendió la mano.

—Estoy seguro de que no nos conocemos. —La voz sonó como una caricia—. Alberto Piñero.

—Claudia Tatsis —correspondió ella con una mirada embelesada, y luego, con la expresión más inocente que pudo componer, añadió—. Sé que estará muy solicitado, pero me encantaría que pudiese dedicarme unos minutos.

Piñero miró su reloj y volvió a mirarla a ella.

—Está bien. Si me acompaña tomaremos un café.

Claudia lo obsequió con una luminosa sonrisa y se dirigió hacia el exterior del auditorio seguida de Piñero, pero cuando se encaminaba hacia las mesas con jarras de zumo y repostería a granel, él la cogió por el brazo.

—A la cafetería del hospital —explicó—. Aquí pasaríamos el descanso en cola y saludando; hay demasiada gente.

Cambiaron de dirección y recorrieron unos cuantos pasillos; Claudia tuvo la impresión de que debía conocer bien el hospital y al poco estaban sentados a una mesa, ella con un té negro y Piñero con un zumo y un minibocadillo.

—Entonces, ¿le ha gustado la charla?

—La verdad es que solo he escuchado el final.

—Ah —pareció decepcionado—. Y dígame, ¿cuál es su especialidad? Pensaba que en este peculiar mundillo nos conocíamos todos.

—Lo cierto es que soy policía judicial. —Decidió poner fin al trampantojo y Piñero respondió con una sonrisa de compromiso—. Sé que está muy ocupado, así que iré directa al asunto.

—Usted dirá —dijo mientras juntaba las manos con los dedos enlazados alrededor del vaso.

—¿Conoce usted a Óscar Ripoll?

Piñero se echó hacia atrás y asintió con semblante serio.

—Lo conocía desde hace muchos años. Una lástima.

—Veo que le ha llegado la noticia.

Él asintió otra vez.

—Lo leí en la prensa.

—¿Cuál era su relación con él?

Piñero se acomodó en el asiento y entornó un poco los ojos.

—Nos conocimos hace mucho, en los noventa —comenzó—. Él era un joven investigador con muchas ideas interesantes. Yo había regresado poco antes de una beca en Londres y acababa de hacerme cargo de la jefatura de servicio en el hospital de Guadix.

—Anestesiólogo, ¿verdad?

—Correcto. Como le decía, nos conocimos en un congreso. La empresa para la que él trabajaba acababa de aprobar una línea de

investigación centrada en mi especialidad y él era miembro de ese equipo.

—¿Trabajaron juntos en esa investigación?

—No exactamente. Desde que se pusieron en contacto conmigo hasta que empezamos a trabajar realmente pasaron unos cuantos años —explicó—. En realidad, mi colaboración tenía más que ver con las fases avanzadas de la investigación, pero ya tenía relación con ellos y de algún modo también participé en las fases más teóricas. Sin embargo, poco antes de llegar yo, Óscar debió hacer algo bastante grave y lo cesaron de un día para otro.

—¿Alguna idea de qué fue lo que hizo?

—No —respondió—. Nadie me explicó nada. Tuve la impresión de que se trataba de un asunto espinoso y no me pareció apropiado inmiscuirme.

Claudia asintió y pasó unas hojas en su libreta.

—¿Conoce a Pilar García-Modrego?

—¿A doña Pilar? —enarcó las cejas—, por supuesto. ¿Ha hablado con ella?

—¿Ha tenido relación con Óscar Ripoll en los últimos años? —Claudia obvió la pregunta de Piñero.

—Al principio me llamaba con frecuencia —dijo él—. Era una situación curiosa. Por un lado me contaba sus hipótesis de investigación para que yo los convenciera de continuar con esas líneas; por otro lado, pretendía que influyera en Pilar para que volvieran a contratarlo —se detuvo un momento, pensativo—. Personalmente creo que estaba desesperado: era muy brillante, y cuando te explicaba sus ideas era tal el entusiasmo que resultaba contagioso, te convencías de que aquello tenía que funcionar. Creo que él era consciente de su propia valía y lo sacaba de quicio pensar que todo su potencial se iba a desperdiciar, de ahí su angustia.

Claudia asentía en silencio mientras tomaba notas.

—Es como si a Mozart, a la edad de quince años, le hubiesen prohibido volver a acercarse a un piano —siguió Piñero—. No sé si me estoy explicando.

—Creo que lo entiendo —confirmó Claudia—. ¿Volvieron a verse después de que él saliera de la cárcel?

—De forma esporádica —respondió—. A partir de la cárcel tomó conciencia de hasta qué punto se había fastidiado la vida y

tengo la sensación de que le avergonzaba encontrarse conmigo. Alguna vez me pidió dinero prestado y se lo di. Los dos sabíamos que lo más probable era que nunca me lo pudiese devolver, pero era preferible así: mantener esa apariencia le hacía sentirse menos humillado —añadió con expresión apesadumbrada.

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que le pidió dinero?

Piñero apretó los labios como si hiciera un esfuerzo.

—No sabría decirle. Quizás haga un par de años.

—¿Sabe si había alguien más a quien pidiera dinero?

Piñero se limitó a negar con un gesto.

Claudia iba a hacer otra pregunta, pero Piñero la interrumpió.

—De verdad que me molesta tener que dejar la conversación —señaló su reloj—, pero no me queda más remedio que volver al auditorio; soy el moderador de una mesa redonda.

—¡Oh, claro! —exclamó Claudia—. Lamento haberle robado unos minutos de su tiempo, pero necesitamos hacernos con un perfil del fallecido.

—Es lógico —contemporizó Piñero—. Tienen que hacer su trabajo. Le aseguro que me sabe mal no poder continuar. Si le parece, le dejo mi tarjeta —echó mano a su cartera—. La última semana de noviembre estaré en Granada, si me telefona le prometo encontrar tiempo para que podamos hablar con más calma. Será un placer colaborar con usted.

Claudia tomó la tarjeta con una inclinación de cabeza y la colocó entre las páginas de la libreta.

—Una última pregunta —dijo antes de levantarse—. ¿Cree usted que es correcto utilizar los conocimientos científicos obtenidos en investigaciones no éticas?

—¿Tiene algo que hacer en el fin de semana? —preguntó con una ceja arqueada y después dejó escapar una sonora carcajada ante el desconcierto de Claudia—. Es precisamente el tema sobre el que vamos a debatir en estas jornadas y dudo mucho que lleguemos a una respuesta definitiva. A lo mejor una visión más fresca podría venirnos bien —añadió mientras la señalaba con el dedo—. Mi opinión personal es que el sufrimiento de las víctimas debe ser reparado y compensado en la medida de lo posible, y quizás un modo de reparar la injusticia sea reconocer que gracias a ese sufrimiento se ha conseguido mejorar la salud de otras muchas

personas. En cuanto a los investigadores de esa calaña, creo que el castigo debería ser tan ejemplar como para disuadir a cualquier otro de seguir su ejemplo.

—Parece un buen punto de partida. —Ambos se levantaron.

—Ya sabe —dijo él como despedida—. Llámeme alrededor del día veinte y le prometo que nos veremos sin prisas.

Poco antes de la hora de cenar, Lucía y Ernesto dieron por concluida la sesión de tarde del taller y tras una ronda de intervenciones de cada participante para nombrar con una sola palabra cuál era su estado de ánimo en ese momento, se acercaron a una de las máquinas expendedoras para sacar una cerveza bien fresca.

—Prefiero una caña bien tirada —comentó Lucía—, pero esto servirá.

Dio un primer sorbo directo de la lata y luego vertió el resto en un vaso alto.

—¿Qué tal tu primer taller?

—Agotador —respondió Ernesto sonriente mientras hacía lo propio con su cerveza—, emocionante, maravilloso.

—Sí —Lucía alargó la sílaba—. A partes iguales.

La sesión de la mañana había comenzado con algunos trabajos generales para tejer una sutil red entre ellos, para que dejaran de ser extraños, y luego había continuado con trabajos más específicos, en grupos pequeños, en los que cada participante tuvo que anotar sus puntos fuertes y sus puntos débiles en hojas de papel que terminaron convirtiendo en bolas arrugadas y colocando en dos bolsas separadas. Después del almuerzo y tras un breve descanso, habían comenzado con los trabajos individuales. Por turno, cada paciente tomaba su bolsa de debilidades y las leía en voz alta con una mínima explicación. Ernesto o Lucía, según a qué consulta perteneciera, seleccionaban una de las debilidades y a partir de ahí se desarrollaba el trabajo personal, a veces en solitario, a veces con ayuda de compañeros. Algunos trabajos espectaculares, otros mucho más íntimos, pero la intensidad de casi todos había sido muy buena gracias a la implicación de los participantes y a

la experiencia de Lucía a la hora de dinamizar el taller. Cuando hicieron la pausa para cenar, casi la mitad de los pacientes habían completado su primer trabajo personal.

—Verdaderamente es muy difícil de describir —añadió Ernesto—, es demasiado vital, toca en zonas muy profundas.

—Están trabajando muy bien, incluso los más nuevos.

—No puedo comparar con otros talleres —aclaró él—, pero los veo a todos muy entregados.

Lucía asintió.

—Son un buen grupo. Nos lo están poniendo muy fácil, y te aseguro que no siempre es así.

—Benito ha trabajado con mucha soltura, y las otras dos chicas de su grupo han colaborado con mucha gracia. Para mí, ha sido un ejercicio muy divertido y de gran profundidad al mismo tiempo.

—Los tres están en el mismo grupo y llevan bastante tiempo juntos. Se conocen bien, y Benito es un tipo entrañable y muy ocurrente.

Ernesto asintió tras dar un buen trago.

—La que me preocupa más es Penélope —continuó Lucía—. Ha sido la última en entrar en ese grupo, lleva mucho menos tiempo en terapia y aún sigue demasiado cerrada; incluso en las sesiones individuales me cuesta sudores conseguir que se muestre.

—Tiene una belleza muy dura —comentó Ernesto—, y una mirada realmente fría. Da la imagen de ser una persona resuelta, aunque es verdad que se ve menos integrada que el resto.

—La que menos, diría yo —Lucía giró la cabeza y la encontró al momento. Sentada en una mesa, bebía a pequeños sorbos un batido de chocolate mientras conversaba con Benito—. Todavía no lo tengo del todo claro, pero creo que esa coraza oculta un interior demasiado frágil.

—Toda una defensa.

—Para no llegar a esa parte oscura —confirmó ella—. Debe de haber demasiado miedo, o dolor, guardado ahí dentro.

Lucía apuró su cerveza y se alzó del taburete para volverse hacia el resto. «Chicos, vayan pasando al salón para cenar», anunció con voz de mando.

—La que me ha sorprendido ha sido Lola —retomó la conversación—. Parece increíble que hace solo un par de años fuese una mujer hundida. Has hecho un muy buen trabajo con ella.

—Es lo opuesto a Penélope —comentó Ernesto—. Una fachada de fragilidad que encierra un interior muy potente. Solo tuve que ayudarla a romper ese cascarón, y a partir de ahí, lo demás vino rodado.

—Tengo ganas de verla trabajar.

—Y yo a Penélope —respondió Ernesto, pero Lucía meneó la cabeza con gesto serio.

—Intentaré animarla, pero sin presión —explicó—. Temo que al final no se preste a su ejercicio individual; ya veremos.

Nada más pasar al salón sonó el timbre de la entrada. Era Claudia, que tal como había prometido a Ernesto, si la guardia estaba tranquila subiría a cenar con ellos. Rodeó la mesa que compartían los dos terapeutas para dar un beso a Ernesto y se sentó en una de las dos sillas libres.

—Vaya cara de cansado tienes —exclamó al fijarse en él—. Por fin trabajas en algo serio —añadió en voz más baja y con sonrisa traviesa.

—Me dijo Ernesto que no podías venir al taller por las guardias —dijo Lucía—. ¿Cómo va?

—Por el momento tranquila —respondió Claudia mientras se colocaba la servilleta sobre los muslos—. Estoy más ocupada con un asesinato que se cometió a primeros de semana.

Lucía torció el gesto.

—Menudo trabajo.

Claudia arqueó las cejas.

—Las miserias humanas o sus efectos —respondió—. Creo que en ese sentido nuestras profesiones no difieren demasiado.

—¿Algún avance? —se interesó Ernesto—. Ayer parecías bastante animada antes de bajar a Motril.

Dejó escapar un resoplido.

—No demasiado. Es todo muy vago por el momento —contestó—. Para lo que sí me han servido las dos entrevistas ha sido para hacerme una idea de la historia del fallecido. —Luego se giró en su silla y paseó la vista por el salón lleno de pacientes en animada

charla—. Una historia desgraciada que de haber tenido contacto con vosotros hubiese podido mejorar algo.

—¿Y qué tal con los entrevistados? —preguntó Ernesto—. ¿Colaboradores o reticentes?

El camarero se acercó con la lista de menús para preguntar qué cenaría Claudia y ella eligió pescado.

—Colaboradores —continuó—. Dos personas que han triunfado en su profesión y no parecen temer a nada ni tener nada que ocultar.

Lucía arqueó las cejas y Claudia matizó el comentario:

—Nada referente al asesinato, quiero decir. Los dos dan la sensación de tener absoluto control sobre su propia vida, justo lo contrario al retrato que me han hecho de la víctima.

—¿Quiénes son? —se interesó Lucía.

—Ella es una señora de casi setenta años, investigadora de una compañía farmacéutica. Su equipo consiguió desarrollar un par de fármacos que han revolucionado la anestesia y la inmunoterapia, y eso le permitió retirarse con una jugosa pensión —explicó—. Ahora es la propietaria de un antiguo hotel que ha convertido en su vivienda, entre Motril y Torrenueva —y añadió con la mirada fija en Ernesto—. Ni te imaginas qué sitio.

—Envidiable —comentó Ernesto, y luego con voz más grave y pausada, añadió—. Habrá que encontrar qué terribles secretos esconde esa fabulosa vida.

—La entrevista de hoy ha sido muy breve —continuó—. Un anesthesiólogo que parece haber conseguido llegar a los lugares más altos que su profesión le permite y que, por cierto, también colaboró en el desarrollo del anestésico. Es miembro destacado o presidente de todas las sociedades científicas que tienen relación con su especialidad y parece que sigue hacia la cumbre.

—¿Más? —preguntó Lucía.

—Ya ha estado en las quinielas para ministro de sanidad o de investigación —afirmó Claudia—. No me extrañaría que en alguna remodelación del gobierno terminen por ficharlo. He tenido oportunidad de ver el final de su conferencia y por la sensación que transmitía el auditorio, creo que ha debido de ser espectacular. Desde luego era un tema interesante; no me hubiese importado escucharla desde el principio.

—¿Y en la entrevista? —indagó Lucía.

—Seductor, seguro de sí mismo, irónico, directo.

—Un tipo peligroso...

—Supongo que podría serlo —concluyó Claudia—. Si llega a un ministerio lo imagino capaz de lo mejor o de lo peor, sin término medio.

Carlos, uno de los pacientes, se acercó a la mesa con timidez y llamó la atención de los terapeutas. Al parecer la máquina expendedora de botellas de agua estaba atascada y quería saber si había algún otro sitio en el que pudieran conseguirla. Lucía compuso un gesto contrariado.

—Perdonad un segundo. —Se levantó y salió hacia la cafetería seguida por el paciente.

—Creo que es de las pocas cosas que consiguen enfadarla —comentó Ernesto a Claudia—. Esas pequeñas contrariedades cotidianas; lo que se estropea y se convierte en una molestia.

—Y te interrumpe una buena conversación —completó Claudia.

Lucía regresó unos minutos después. Se paró en el centro del salón y alzó la voz:

—A ver chicos, escuchen un momento. La máquina de botellas de agua se ha estropeado.

Hubo un murmullo entre los pacientes.

—Ya he avisado al *catering* para que mañana al desayuno traigan suficientes —aclaró alzando una mano—. Para esta noche tendrán que aprovechar bien las que tengan empezadas, y de todas formas en el minibar hay dos botellas de medio litro por persona. No olviden que el agua de los grifos es de pozo y no es apta para beber, así que compartiremos lo que tengamos hasta mañana. La situación es desesperada, pero creo que podremos sobrevivir —terminó con una broma que levantó algunas risas.

—Pensé que ocurría algo más grave —comentó Claudia extrañada—. El joven que os ha avisado parecía demasiado nervioso.

—Cierto —dijo Lucía—. Y el simple hecho de que sea él quien se ha acercado a decírnoslo ya es un triunfo.

—¿Y eso?

—Lo que nos sucede en la infancia es la clave —afirmó Lucía—. Carlos lo tiene todo: inteligencia, bondad, empatía... Todo

lo necesario para ser un líder, pero le falta algo tan fundamental como la fe en sí mismo; la autoestima necesaria para ceder los éxitos como si fuesen del equipo y asumir los fracasos como propios.

Claudia la observó sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Cualquiera lo diría —comentó.

—Puedes estar segura.

—¿Y el remedio?

—Es difícil —respondió Ernesto—. Hay un periodo crítico en el que es imprescindible que nos sintamos queridos —explicó—. Pase lo que pase, hagamos lo que hagamos, aunque merezcamos un castigo, ese amor incondicional debe estar siempre por debajo, como una melodía de fondo. Cuando eso no ocurre, los cimientos de la persona no se desarrollan bien; se tornan frágiles, se quiebran.

—Y a nosotros nos toca buscarles unos cimientos nuevos y enseñarles a confiar; pero no serán los suyos y nada será igual —concluyó Lucía—. Carlos tiene por delante un largo camino.

Después del paréntesis, la conversación transcurrió por temas más cotidianos y al poco rato Claudia se despidió y Ernesto la acompañó hasta la explanada. Tras los postres, algunos pacientes habían decidido quedarse en la cafetería para tomar una copa, pero Ernesto y Lucía declinaron la invitación; el día había sido intenso y el siguiente prometía ir por el mismo camino. Antes de subir, Ernesto comprobó con regocijo que Penélope y Benito seguían de conversación y se disponían a compartir un rato de relax con el resto. «Quizás sea esto lo que necesite para bajar un poco la guardia», pensó con una punzada de lástima hacia la joven, «ojalá lo consiga».

Unos minutos después, tras un breve paso por el aseo, Ernesto caía en un profundo sueño.

Despertó a las siete en punto, su hora habitual, después de dormir de un tirón. Recordó el asunto de la máquina estropeada y sintió sed, así que abrió el minibar y se bebió de un trago más de la mitad de una de sus dos botellas. Directo a la ducha, advirtió que la mañana parecía despejada y se propuso dar un paseo por los alrededores antes de desayunar. El intenso frío resultaba estimulante y comprobó con satisfacción que el cansancio de la noche anterior se había esfumado bajo el edredón.

Con buen ánimo y ganas de retomar los trabajos se encaminó hacia el comedor, donde la mayoría de los pacientes degustaban un variado buffet de desayuno mientras hacían bromas con la recién llegada remesa de agua y la terrible sed padecida durante la noche. Tras cargar un par de platos con fruta y tostadas, se acercó a la mesa en la que había cenado la noche anterior. Lucía ya estaba a mitad de su desayuno y Penélope, sentada a su lado, se pasaba la mano por la tripa.

—He pasado mala noche —explicaba la joven en ese momento—. He vomitado un par de veces. Pensé que así me sentiría mejor, pero sigo con mucho dolor de barriga.

Noemí, una paciente de aspecto nervioso, de pie junto a Penélope, confirmó las palabras de su compañera:

—La pobre lo ha pasado mal —mientras hablaba, le pasó una mano cariñosa por el pelo.

—¿Tomaste algo después de la cena? ¿Alcohol? —preguntó Lucía.

—No tomé nada —negó ella—. Empecé a encontrarme regular un poco después de cenar y me fui pronto a dormir.

—Nos subimos juntas antes de las doce —intervino su compañera.

Lucía frunció las cejas.

—Esperad un momento —dijo—, a ver si me entero. Vosotras dos no estabais en la misma habitación.

—No —aclaró Noemí—. Lo que pasa es que como al final no vino la que compartía habitación con Penélope y a mí me tocaba dormir con Benito, y él ronca bastante, antes de la cena le pedí el favor a ella de que se cambiara de habitación con él —Lucía hizo un gesto de entendimiento, pero ella continuó la explicación—. Y como en la habitación de Penélope había una cama doble y una supletoria, que es más incómoda, decidimos pasar allí a Benito y que ella se viniese a la mía, que tiene dos camas individuales.

—Entendido —Lucía sonrió a Noemí y luego volvió a dirigirse a la enferma—. Cuando bajen todos veremos si alguien trae analgésicos o algún protector para el estómago. Intenta tomar un yogur o algo líquido si te apetece, y si te encuentras muy mal y no estás para seguir, pedimos un taxi y que te lleve a casa.

—Si hace falta yo te llevo —intervino Ernesto.

—Muchas gracias —respondió Penélope compungida y se levantó para volver a su mesa.

Ernesto miró a Lucía con gesto serio.

—Tiene mala cara —comentó.

—Nunca la he visto así.

—Esperemos que no sea un problema con la comida del *catering*.

—¿Tú crees? —dijo Lucía con los ojos muy abiertos—. Espero que no o vamos dados.

Ernesto engulló su desayuno y se acercó a los pacientes de su consulta para preguntarles cómo se encontraban. Ninguno había tenido síntomas de indigestión, ni la más ligera molestia, y un par habían tomado para cenar o para almorzar lo mismo que Penélope. Tranquilizado tras escucharlos, regresó a la mesa de Lucía.

—No parece que tenga que ver con la comida —Lucía había tenido la misma idea y también lo había comentado con otros pacientes.

—Bueno, solo falta Benito, pero retrasarse es una costumbre habitual en él —dijo más tranquila—. A ver si podemos empezar a las diez, que hoy nos espera un día intenso.

Diez minutos después, Benito seguía sin aparecer, y Lucía, con cierto enojo, envió a Noemí para que le aporreara la puerta de la habitación si era necesario. Noemí regresó al poco. «No se despierta», dijo a Lucía, «no se escucha nada dentro, ni roncar».

Contrariada, Lucía subió acompañada de Noemí y poco después la joven, con gesto preocupado, volvía a bajar en busca de Ernesto.

—Lucía dice que subas.

Tuvo un mal presentimiento al ver la expresión de Noemí y le pidió que esperase allí. A la carrera subió el piso de escaleras y llegó donde Lucía lo esperaba.

—Es muy extraño —dijo ella—. No contesta y no se oye nada.

Ernesto probó a golpear la puerta y repetir el nombre de Benito un par de veces, convencido nada más hacerlo de que nadie iba a responder.

—¿Hay otro juego de llaves?

—Supongo que sí, pero no tengo ni idea de dónde pueda estar. —Echó mano a su teléfono y marcó el número de la dueña del establecimiento—. En recepción, junto al cajetín de las llaves, en un llavero con cabeza de león.

En un instante Ernesto regresó con la llave maestra y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, miró un segundo a Lucía con la certeza de que el taller acababa de terminar. La llave giró sin trabajo y Ernesto hizo una profunda inspiración antes de empujar la puerta.